

POLO DE MEDINA, SALVADOR JACINTO (1603-1676)

*HOSPITAL DE INCURABLES Y VIAJE DE ESTE MUNDO Y EL OTRO*

*Introducción al discurso*

Proemio que llaman, o prólogo de más acá dentro

Ha dado V. m., señor fulano de tal, en estar terrible con este servidor suyo. Apenas me puse a escribir este discurso en sueño cuando dijo V. m., contra él, el sueño y la soltura, y con tan grandes voces que no me dejaba pegar los ojos, diciendo muy engreído: «No vale, que es imitación de don Francisco de Quevedo.» Parécele a V. m. que me he morir por esto. Pues, señor mío de mi corazón, no me pasa por el pensamiento, antes quiero advierta que lo mesmo que V. m. me riñe por injuria, lo tengo yo por aplauso; porque no puedo yo buscarme otra gloria como la de parecerme a un varón tan singular, en todas letras grandes. Sin duda debe ser poco versado en sueños, pues no sabe que esto del discurrir soñando es tan fácil industria que la han hecho infinitos, y que para soñar no es menester acordarse de tan gran ejemplo como don Francisco; que los sueños, señor mío, los hizo Dios para todos los que quisieren morir, conque ninguno no puede decirle a otro que quita el sueño a nadie. Pareceráale a V. m. que el dormir es cosa de ayer; pues engañese, que desde Adán se usa; y para que no se canse sepa que yo imito a Adán, mi señor, y no a don Francisco, si bien a los dos nos ha salido caro, que a él le costó una costilla el sueño y a mí sus murmuraciones de V. m. Y si habían de representarse a los ojos cosas del otro mundo, claro está que habían de ser en sueño, que no es cosa tan sabrosa un diablo para verlo despierto, y es cosa graciosa que esté V. m. cada día dándome al diablo por nonada, y una vez que yo lo quiero ver en sueño lo haya de gruñir. Demás de que soy tan gran pecador que me puedo ir al infierno como se van los otros pecadores, y V. m. vea que tengo razón en esto, y si no bastare para que seamos amigos, baste la misericordia de Dios, que no por su mal voto de V. m. dejaré de dormir a pluma tendida, y sacar mi sueño a luz, que dice desta manera.

*Zaguán del hospital*

Una noche que por dormir bien dejé cuidados a una parte, y mondo de las pesadumbres del día dormí a sueño suelto, entre las pataratas que se les ofrecen a los que sueñan, me pareció que estando en el prado desmoliendo una copla y dirigiendo un consonante vi que, apeándose de un coche, se llegó donde yo estaba un mancebito polidete, moderno de traje, bien agestados de cuerpo y bien guisado de postura, ahorcado en una golilla y poniéndosele de puntillas el gazzate para asomarse por encima de la valona; su copete mayor que el de la gente honrada y tufos más que los que se enojan; el bigote en

crepúsculo (que es lo que llaman bozo los claros); fruncido de cintura, esquilado de lana el jubón y hombre de mucha estofa en los calzones; las piernas en frenesí de tafetán, de puro habersele subido las ligas, que son las guedejas de las piernas.

Hizo sus cortesías; hice mis cumplimientos; preguntéle quién era; y con mucho desahogo, como si no dijera nada, me respondió: «Yo, señor, para servir a V. m., si no lo ha por enojo, soy el diablo.» Mesuráme cuando tal cosa oí, y ya tuve en el pico de la lengua un Jesús que decirle, pero por no decirle pesadumbres callé, y acá dentro dije: «Dios sea conmigo.» Mas como le vi tan cortés reparé en que debía de ser diablo de paz, y ya le hablaba con menos temor, que hasta un diablo se hace querer con la cortesía.

Sucedió, pues, que estando en esto, estornudó el dicho diablo, y como en su modo mostraba ser persona de calidad y podía ser diablo excelencia o diablo señoría, por no errar en lo cortesano acogíme al latín y dije: Satanas tecum; mas luego averigüé era diablo merced, y que llevado de su curiosidad andaba de peregrinación de tierra en tierra, y que sabiendo era yo aficionado a ver mundo, queriendo yo, me llevaría donde gustase sin que me costase una blanca. Yo, que me vi embestir con la tentación de los avarientos (gente que por no gastar se irán con el diablo), fácilmente me determiné, seguro que no me engañaría el que se venía diablo descubierto; pues no soy tan bobo que me deje engañar a diablos vistas, que los que a mí me engañan son unos picarones del mundo que con unas facciones de amigos son una peste de buena cara, y unos escariotes que besan y venden.

En fin, por gozar del barato entréme con él en el coche, que lo tiraban cuatro demonios rodados; dio el cochero su latigazo y al instante me llevaron en diablandas por ese mundo, y cuando menos lo imaginé nos hallamos en una hermosa ciudad.

-¿Quién es ésta? -pregunté yo; y respondiόμε mi diablante:

-Esta tierra que hemos pasado es Italia, y esta ciudad que miras es Nápoles.

Fuimos discurriendo por la variedad de sus calles, y al revolver por una algo estrecha vi venir hacia nosotros una carroza que llevaba puestos los caballos lo de atrás adelante, y que enfrenados por las colas caminaban al revés. Reíme de semejante locura y dijo mi compañero:

-No te parezca muy disparate lo que ves, porque este es coche italiano, y el que va en él es italiano, gente que trueca los frenos a las cosas y en quien son siempre los más delgado los asientos, pues siempre quiebran por ellos, y que jamás han podido ser hombres honrados a las derechas y que han dado en aborreceros de manera que no nos pueden mirar a la cara; y para decirlo todo de una, los hombres más flemáticos y espaciosos de cuantos hay, pues nunca se adelantan a nadie y siempre les van en zaga a todos.

A este tiempo ya los coches se habían juntado, y como la calle era estrecha y no podían pasar a una, porfiaban los cocheros sobre cuál había de cejar. Hiciéronlo punto de honra y cada uno quería salir con la suya y no ser menos que el otro; mas viendo que el nuestro

porfiaba demasiado, enfadóse el dueño del coche, y sacando por el estribo la cabeza, con un gesto de estar cortando con malas tijeras, en alta voz dijo:

-Reculen allá.

Oyólo mi compañero, y con una cólera de un satanás, asomando infiernos por los ojos, le respondió:

-Recule él, que está hecho a recular, que aquí no hay quien lo sepa hacer. ¿Qué cosa es decir, reculen allá? Él es el que ha de recular, y si no mira cómo habla, yo le haré que me sueñe, y dé gracias a Dios que no soy amigo de revolver caldos, que yo le dijera cosa con que callara.

El otro, que escuchó semejantes atrevimientos, dijo:

-¿Pues vos osáis hablar alto?, ¿no sabemos aquí quién sois vos?, ¿pensáis que no se me entiende a mí de diablos?, ¿pensáis que por cuatro maravedís de demonio que tenéis adquiridos, como Dios y todo el mundo sabe, os habéis de hacer los godos?. Vuestro padre ¿no estuvo en la almadraba de Aqueronte y tiró la jábega de los que se condenan, hecho esportillero de precitos? ¿Y ahora, por una buena cara que os habéis puesto, nos queréis dar liebre por diablo?. Pues no, picaronazo, que cicatero de llamas sois, uñas y cola tenéis.

No pudo el demonio sufrir tan grandes desvergüenzas, y así, arrojándose del coche, desenvainando la espada, se fue para él. Acometióle el italiano, y hubo una de todos los diablos. Yo acometí también, con que a dos chischases hicimos huir al italiano; aunque si va a decir la verdad, no sé si volvió las espaldas de cobarde o si las volvió de italiano; sólo sé decir que iba corriendo y diciendo a grandísimas voces: «Confesión general que me han muerto; confesión general que estoy sin habla.»

Con esto envainamos yo mi tizona y el diablo su tizón y desde allí cogimos las de Villadiablo y dimos con nuestros cuerpos en Génova. Apenas vi la hermosa fábrica de sus edificios cuando dije:

-Salve, bruja de los millones, pues apenas están recién nacidos en las Indias cuando los chupas. Salve, valle de Josaphat del dinero. Salve, estío de la moneda, pues la abrasan tantos julios como tienes.

Pasamos adelante y al pasar por la plaza vi un gran concurso de gente en donde a voz de pregonero se estaba corriendo algún arrendamiento, y advertí que, entre todos, un hombre (a quien no pude ver por estar detrás de sus barbas, tan grandes eran las que tenía, que sin duda era la Giralda de las barbas, o las llevaba para con chapines, y tan bermejas que parece que barbaba pimentones en lugar de pelos) levantándose dijo:

-Trescientas almas doy.

-Suyo es -respondió uno que estaba escribiendo, y con esto cesó la grita y la tabaola. Yo, que no acabé de entender lo que era, me informé de mi diablo, y dijo:

-Mira, todos estos son asentistas, y lo que hacen es que le están arrendando a Plutón su patrimonio infernal, porque como con la esterilidad de los años ha venido el infierno a menos y Plutón no tiene un condenado que comer, ni le alcanza la sal al agua; éstos lo toman por su cuenta y le dan la diabla sustentación y las almas bastantes para su plato, que como han visto que apunta el año buena cosecha de herejes y que se han de coger de hugonotes de uno ciento, y éstos saben su cuento, aun en el infierno buscan ganancias, y ya corre por su cuenta; el infierno y ellos nos dan las comisiones de ir a tentaros, y son allá el todo, y saben el oficio de hacer condenar en la uña, y para con ellos no sabemos nosotros del infierno el medio, y lo mandan como si lo hubieran heredado, y a nosotros que nos papen duelos que hay mil diablos que se han visto en bien, y ahora no hay quien les vuelva la cara ni diga ¿qué hacéis ahí?

-Salgamos de tan mala tierra vía cochero a Francia -dije oyendo semejantes cosas, y dando dos latigazos en un diablamen nos pusimos allá, y al punto dijo mi compañía:

Cata Francia, Montesinos; pero ¿para qué te quieres meter entre enemigos de los españoles y entre tantos hugonotes y herejes?

-Luego hay herejes aquí -repliqué. Y volvió a responderme.

-En eso de herejes, hermanito, es buscar pueblos en Francia.

-¿Cómo puede ser -volví a decir-, si tienen un rey cristianísimo, por tantos antecesores católicos?

-Ahí verás lo que pasa con ellos este pobre rey que no los puede tener a raya, ni valerse con ellos; porque en materia de ser herejes no puede ni rey ni Roque; y aun muchos bajan a estudiar con Lutero y son ellos y los hugonotes conherejes como discípulos. Y a vosotros, los españoles, aunque os desean comer vivos no os pueden tragar, y se bajan al infierno a pretender la plaza de tentaros. Y así el diablo que os pone en la ocasión, el que os incita y el que os hace caer advertid que no es diablo, sino francés. Él os escribe lo mal hecho, y os añade lo que se le antoja. Cosas hacen que escandalizan el infierno. Hasta ahora no hay diablo que le haya pasado por el pensamiento lo que éstos ejecutan. Y si no, dime, ¿has oído tú decir que ningún demonio diese el Santísimo Sacramento a los caballos?

-No, por cierto.

-Pues cata ahí cómo los franceses hacen lo que no hacen los demonios, y vale más un francés para diablo que un diablo para francés. Puede haber demonio que llegue a Chatillón. Él demonia más en un momento que el infierno en mil años. Este descomulgado dio el Santísimo a los caballos; mira si no nos la gana en diablerías, y si no puede mojarle la oreja a cuantos Belcebúes hay, y si habrá Barrabás que le eche el pie

delante a este maldito de Dios y de sus santos y de las gentes. Pero como entre nosotros aquél es el mejor que hace más diabluras, viendo que ésta es la última que puede inventar la herejía más desvelada, hemos consultado nuestro infierno de estado, y elegido por gran demonio a Chatillón, y él lo acepta. ¿Qué penas piensas tú que damos a los franceses? Yo te las diré si no las sabes. Mira, como ellos son tan amigos de vino, el tormento con que los castigamos es ponellos junto al rico avariento que está pidiendo agua, y sola una gota que pide es para ellos un tormento cruel; y es de suerte lo que les aflige que fueran las llamas miel sobre hojuelas, y como quien dice, a falta de vino bueno es infierno, se andan todo el día brindando vasos de llamas puras, y están todos hechos unos zaques.

-No me digas más, que me tiemblan las carnes de oír las insolencias que estos bárbaros - dije; y apenas lo hube echado de la boca cuando en menos que ha que lo digo nos hallamos en Valencia, ciudad de tanto crédito en España. Fuimos discurriendo por sus calles y admiraba yo sus amenidades, que compiten con lo más florido de la primavera y con lo más galán del abril; sus templos sobre todo encarecer, grandes; sus reliquias, las mayores que celebra la devoción cristiana; la afabilidad de sus naturales superior a muchos. Fui prosiguiendo y reparé en que todos iban armados de ramilletes, hechos unas primaveras con calzones y unos abriles de capa y espada empuñado su ramillete. En fin, ellos me parecieron valles vivos, jardines con pies, y prados de aquí para allí, y gente que en materia de flores viven a qué quieres, nariz. Así como los vi, dije:

-Hombres de la ira mala, ¿cuánto mejor es andaros a la flor de la olla que a la flor del jazmín, a la de la rosa ni a la del clavel?; ¿qué azucena hay como la flor de la olla?; ¿hay ramillete como una taza de caldo que sabe, huele y engorda?; ¿qué estómago os han de hacer unas rosas que son el chisme de las panzas pues sólo se entran allá a revolver las tripas y llega a tanto el negocio que suele heder? La flor de la olla es el verdadero olor, creedme a mí.

Pero por más cosas que les dije ellos se estuvieron en sus flores como en sus trece, y como otros dicen tijeretas, ellos decían «floreτας, floretas».

-Juzgadlo vosotros mismos; mas no -volví a decir-, que sois parte y juzgaréis en derecho de vuestras narices.

Dejélos con sus flores y sin ser oído ni visto me hallé en un profundo valle no muy dilatado, pero tan oscuro que apenas lo entendían los ojos, y solamente se divisaban los retales de unos edificios caídos y los andrajos de unas paredes viejas.

Lleguéme a un pedazo que aún se estaba en pie y escuché grandes voces que decían: «Déjenmele, que yo lo he de llevar; vaya el pícaro que nos lo ha de pagar por las setenas». Parecióme desaliño no ver lo que era, y apeándome ensarté la vista por un agujero, y mirando de cerbatana vi a un alma que por lo que le decían media docena de diablos eché de ver era alma de poeta.

-Aquí os tengo -decía un demonio,- y me lo habéis de pagar. ¿No sois vos el que me tenéis quitada la honra con vuestros versos? Maldito, ¿de dónde sabéis vos que mi cholla

es cornuda, que me lo escribís empedrada de yemas de Jarama?, ¿por dicha os lo han pagado los maridos para que sea cuerno de muchos, consuelo de todos? Vuestras cosas, tacaño, me han hecho salir colmillos a la testa, y me han hecho dentar por defuera, y con vos me saldrán suegras, cuñados y tías cuanto más esos tropezones, que me tenéis podrido y viejo y he encanecido del rastro después que me habéis tomado entre coplas. ¿Pues la bellaquería de llamarme Satán, quién os la ha de sufrir? Diablo me llamo, picarón, y soy diablo por diablarecta. No soy yo como algunos bribones del mundo, que al trasponerse un abuelo le dan cantonada a un apellido, y se ponen que no los conocerá el linaje que los parió; pero miento, que ellos son los que no lo conocen a él, y todos los conocemos a ellos. Pues luego es de ver cómo salen de su casa recién hechos de apellido, su don por introito, luego su periodo rodado de nombres escogiditos a moco de candil y que hagan armonía con el don; que yo he visto a uno gastar más de una resma de papel en borradores para componer el cómo se había de llamar y tenía borrados por malsonantes a don Simón, a don Lucas, a don Pascual, nombres indigestos para con don. Yo, belitre, no soy de esta manera; volvedme mi honra que sois un deshonorainfiernos. Debéis de pensar que os haré alguna equivalencia, porque en los autos del Corpus de ahora habéis dado en vestirme muy galán, su golilla y vestido de oropel y otras bujerías: pues no me engañaréis, que no soy bobo ni diablo de las Indias que se dejan engañar con dijes, ni yo los he menester para pescar vuestras almas, que algunos de vosotros sois tales que nos perdéis el miedo y la vergüenza; y para vuestra condenación no es menester invenciones, que no estáis tan descomidos de infierno que sean menester cotufas; cara a cara os tentamos y algunas veces nos lo ahorráis y os venís cantando los tres demonios, madre, que no hay más que pedir.

Más iba a decir el demonio del diablo si no quitara la palabra de la boca otro diablillo pequeño, por quien se debió de decir «el diablo es Sutil».

-No sólo -dijo- ha hecho esas picardías ese maldito poeta; por lo que le hemos de llevar es porque cuantas sátiras hay las ha escrito él; así lo dicen todos y vox populi, &c.

-Eso, no -respondió el alma-; miente el pueblo, y me espanto de un demonio como V. m. que se crea del vulgo, gente que en su vida ha sabido lo que se dice, y que se va destruyendo honras como por viña vendimiada; y si V. m. es demonio que sabe latín lea lo que le pasó a Cristo Señor nuestro con el vulgo, pues siendo la misma verdad, y con verle hacer milagros lo murmuraban; miren quién es la gentecilla; ahí están los evangelistas que no me dejarán mentir; ellos cuentan que después de haber hecho Cristo Señor nuestro, un tan gran milagro como dar vista a un ciego de nacimiento, andaban royéndole los milagros: Dicebant ergo ex Fariseis quidam: Non est hic homo a Deo qui Sabbatum non custodit; alii autem dicebant: Quomodo potest homo peccator haec signa facere? et schismata erat inter eos. Aquí echará de ver lo que es el vulgo y lo que hay que creer; cuando dice que yo hago sátiras, él las hace y miente por en medio de las musas si dijere otra cosa, sino que quiere sacar su mala intención con las coplas del gato, y me tuerce mis versos hacia donde él tiene su envidia, y hace leyes mis coplas y él se hace letrado dellas y las interpreta como él tiene la intención y como tenga la salud. El vulgo es quien se mete de hoz y coz en las honras, su gentecilla es la sedición de la república y aun hay bellaco que por no saber escribir compra sátiras (porque hay ropavejeros de

quitar opiniones) y luego dice: «Fulanico lo ha hecho. Zutanico ha hecho la sátira», y Zutanico no sabe nada. Mienten los pícaros, que Zutanico es más honrado que ellos, pues no les dice en la cara quien son, que son unos malignos, y son tres veces peores que V. m. en salud; y juro por esta Cruz bendita, que si me vuelvo tan ruin como ellos que me lo han de pagar, y que no han de oír de señor.

Apenas dijo el poeta «por esta Cruz bendita», cuando todos los demonios, poniéndose la mano en la cara dijeron a grande priesa:

-Pase adelante, déjese eso, que aquí lo creemos sin Cruz.

Sólo un diablazo viejo y mal acondicionado de barbas, que con unas piernas de colleras se andaba paseando, no hizo muchos aspamientos, y juzgué que sin duda era aquél el diablo de entre la Cruz y el agua bendita. Quiso proseguir el poeta con sus disculpas y no le dejó un diablazo muy gordo, que estaba arrimado a una pared, que aunque él daba a entender que no lo era en lo mucho que callaba, a mí siempre me pareció que un gordo no sería otra cosa sino diablo con su barriga de tarasca, pícaros por tripas. Díjele a mi compañero que cómo aquél callaba tanto; y respondiome:

-Este es demonio reformado, y aunque ves que calla infiernos apaña, mas si él empieza hablará más que todos, que es hablador en vellón y en maravedises; y tan apriesa que parece que habla de coser lutos. No bien pronunció esto, cuando abriendo la boca de represa y hablando de avenida, dijo:

-¿Qué hacen con ese bergante?, ¿en qué se detienen? Vaya el pícaro, lleven al insolente, que días ha que lo debían haber llevado al Hospital, que es un incurable.

-Pues, señor diablo -dijo el poeta-, ¿qué puedo hacer yo que soy un desdichado y un pobre?

Y respondió aquel risco de carne hecho una furia:

-Valga el diablo a quien lo parió mil veces ¿el ser pobre le parece poco? ¿Qué más quería ser que pobre picarón? ¿Cosa tan de aire es el ser pobre? Pícaro, el que es borracho no es más que borracho; el que es ladrón solamente es ladrón; el que es judío tasadamente es judío; pero el que es pobre es ladrón, borracho, necio y judío, y todo cuanto hay malo lo es un pobre; demás que vos con vuestras locuras os andabais dando que reír a la república. ¿No sois vos el que andabais toda la vida por la ciudad pregonando «quién se hubiere hallado el estribo de la paciencia, que todos dicen que le han perdido» y cuando no hay un hombre que se haya hallado y no siquiera, queréis vos dar con él? ¿Adónde hay estribo ni calabazas, ni qué estribo es éste ni qué haca? ¿Vos no sois el que tomasteis la tema contra la maldita, y en oyendo «fulano soltó la maldita» ibais vos a querer atarla? El verdadero soltarse la maldita ha de ser ahora, que os tenemos aquí. ¿También no sois vos el goloso, el que no habéis dejado armario, alacena, despensa, bodega ni sótano que no visitaseis, buscando el cántaro donde todos vuelven las nueces? Infame, ¿qué cántaro ni qué nueces son éstas que se han de volver? ¿Dónde hay en el mundo cosa que se vuelva?

¿Pensáis que porque dicen «vuelve las nueces al cántaro» que se vuelve nada? Os engañáis, que en esto del volver siempre fue más el ruido que las nueces. ¿Imagináis vos que cuando sale el otro caballerito y dice: «ya volví el dinero que me prestaron» es verdad? Pues miente, que más es el ruido que las nueces. Cuando uno le cuenta a otro que en su linaje hubo aquella grandeza y esotra grandeza, y que él ha hecho esta valentía y esotra valentía, diréis vos que es verdad; pues más es el ruido que la valentía; y el que no lo escucha, aunque calla, no lo cree, sino que está echándole unos mientes degollados. Cuando el otro sale de su casa tascando un palillo en la boca, o batiendo y aleando una plumilla jurándonosla de «aquí yace una perdiz» (cuando él no ha visto aún la de San Nicolás), pensaréis que es así; pues más es el hambre que las perdices, y no dice la boca lo que siente el estómago, y si acaso las come, es de los que entran en su casa y los pelan; pues cuántos entraron con más plumas que un juego de cañas y, luego salen de perros chinos. Veréis a la otra mocita tan ancha y tan grande de faldas, que con ella se puede poner puertas al campo, y pensaréis que es verdad; pues más es el guardainfante que la carne; veréis que lleva hoy el vestido rico, y mañana otro mejor, y dice que le cuesta su dinero; pues más es el ruido que las nueces. Es mentira; que el vestido se hizo como fábrica de iglesia pobre, a demandas, y parece vestido de salud como misa que se pide a muchos, y éste dio el aforro, aquél la tela y éste la guarnición. Todo esto y más pasa; todo es más el ruido que las nueces; y pues esto es así y no lo habéis querido creer, alto, al hospital llévenlo que éste es un incurable.

Arremetieron a él seis o siete ganadiablos y en un instante se desapareció, diciendo a voces:

-Quien hubiere hallado el estribo de la paciencia y el cántaro de las nueces, véngalo diciendo; darle han buen hallazgo.

No bien se hubieron desaparecido cuando me dijo mi diablante y mi adalid:

-No sólo quiero que hayas visto estas famosas ciudades, sino que has de ver un hospital de gente incurable.

Y con esto, subiendo en nuestro coche, comenzamos a caminar, y cuando ya llegamos cerca, a mano siniestra, al pie de un monte, vi una cueva oscurísima, y según la cantidad de humo que salía por su boca me pareció que tomaba tabaco. Estaba en la puerta un hombre trabajando con todas sus fuerzas para poner en paz a más de dos mil hombres y mujeres, que se deshacían las caras por entrar dentro. Era cosa de ver los repujones que cada uno daba por ser el primero, mas el portero, para poder averiguarse con ellos, travesó una cuerda, y con aquello iban pasando uno a uno; y dije yo entonces:

-Picardía son éstos, pues pasan por debajo cuerda.

-¿Y cómo que son picardía? -me respondió mi compañia-. La misma picardía son; porque esta cueva es puerta del infierno, y éstos que están aquí son los condenados. Mira la prisa que tienen por zambullirse en el fuego.



Con esto estuve más atento y escuché a uno que decía: «Déme dos de infierno»; otro decía: «Déme infierno y medio», y todos, en fin, decían: «Dénos infierno.» Mas el portero, enfadado, con un grito que los atolondró, les dijo:

-Precitos de Satanás, ¿qué os estáis matando? No me voy, aquí estoy que os daré infierno hasta caer; yo os llenaré las medidas, idos poco a poco, que infierno hay para todos.

Oyólo una beata que estaba cerca; y muy fruncida de boca, amortiguada de vista y más serena que mar en leche, le respondió:

-Satanás lo oiga a V. m. y lo haga como lo han menester nuestras picardías.

-¿Cómo puede ser -pregunté yo- el que éstos busquen el infierno con tantas ansias, y que se estén comiendo las manos tras él?

-¿Acaso -respondió mi compañia- parécete a ti que es otra cosa lo que éstos hacían en el mundo? El lujurioso que toda la noche no dormía por buscar los entretenimientos, ¿es otra cosa que desvelarse por adquirir infiernos? El usurero, que no come ni duerme, ni sosiega un punto, siempre trasegando, siempre inquieto, ¿qué otra cosa hace sino pretender diablos? Pues cádate ahí cómo no es de admirar la priesa con que atormentan al portero para que les abra.

Apeámonos por ver lo que pasaba más de cerca y volví la cara a ver a un miserable y a un avariento, que estaban desesperados de sólo imaginar que les había de faltar infierno, y que se les había de ir de entre las manos; y llegó a tanto su temor, que se atrevieron a dar dineros porque los dejasen entrar; mas respondióles el portero que se sosegasen, que no habían de entrar en aquellos cuatro días. Aquí sí que fue su dolor, comenzando a llorar y a decir:

-Pobres de nosotros, que hemos estado toda nuestra vida ahorrando por adquirir un pedazo de infierno, y ahora no nos dan con que nos mondemos los dientes.

-No os aflija -les dijo un logrero que estaba a su lado-, no os ahoguéis en poca agua; cuatro días no es tarde, y buenos son infiernos después de Pascua, aunque si no tenéis sufrimiento para esperar, cededme vuestro derecho y ved cuánto infierno me habéis de soltar, que yo os daré de contado un infierno como unas flores; pues tanto lo deseáis no perdáis la ocasión; más vale un toma que un dos te daré. Mirad lo que hacéis, supuesto que el partido que os hago os está de infierno y azul, y se os ha venido el lance a pedir de infierno, que no falta sino dárosle mascado.

Pareciáles bien la mohatra de llamas a los miserables, perdieron no sé cuánto, y con eso se metieron más contentos que unas pascuas. Y luego, tras ellos, entraron los demás.

Cerró el portero la puerta, y yo, por curiosidad, por la luz de la llave quise ver lo que pasaba allá dentro, pero jamás pude ver cosa. Solamente oí a un hombre, que siendo aquel lugar donde todos pueden dar gritos, él sólo hablaba alto, y lo mandaba como si

tuviese allí algunos criados. Apliqué segunda vez los oídos y escuché que decía: Abraham, mitte Lazarum ut intingat extremum digiti sui in aquam. Abraham, envíame a Lázaro que me traiga una gota de agua. Conocí que era el rico avariento y volviendo la cara a mi guía le dije:

-¿Hay infamia que se le iguale a la de este rico que está en el infierno, y aún habla con gallo y quiere tener imperio y señorío? ¿Puede imaginarse soberbia como la de un poderoso, pues cuando pide y cuando debe rogar lo pide mandando y dando unos gritos que los pone en el cielo? Si éste ha menester a Lázaro, ¿por qué no pide que lo dejen ir adonde está, y no mandar que Lázaro venga donde está él? Como si Lázaro fuera el de la pretensión. Cuando el otro lo hubo menester, no se fue a su casa a rogárselo, y aun no bastó para darle las migajas de su mesa; ¿pues cómo quiere ahora este rico pedir mandando? Mas de un poderoso estas soberbias y otras se puede esperar, que aun estando metido en las llamas hasta el gollete, y siendo el que tiene la necesidad, pida el socorro con fieros y con señorío.

-Eres un bobo y no lo entiendes -me respondió mi camarada-. No lo hace por eso, ni por la gota de agua; ¿qué piensas tú que se le da al otro de la sed de los llamarazos? Tortas y pan pintado son para él, y se sorberá el infierno entero de una sentada sin decir Jesús. Lo que a él le duele es ver a Lázaro en tan buen lugar y prueba a sacarle de allí; porque no hay cosa que tanto escueza como ver uno a su contrario dichoso. Si tú quieres vengarte de las injurias que te hace tu enemigo enseñale una dicha tuya, muéstrale una ventura, que a buen seguro que tú quedes vengado; ésta es la verdadera pesadumbre y eso es el infierno para este disoluto, que tiene ahítos a los demonios y no nos podemos averiguar con él; y es de manera lo que nos enfada que lo daremos aunque sea por un sastre. Pero dejemos tantas quimeras y vamos al hospital en que verás incurables que tuvieron en el mundo temas diferentes, y aun se está cada loco con su tema.

Caminamos pocos pasos sin entrar en el coche (que la cercanía no lo permitió) y vi sobre el cocote de una peña labrado un edificio, si no rico por la materia, admirable por su tamaño. Entramos en él y salió a recibirnos un diablazo muy venerable que era el Retor, con su ropa de levantar, y con unos anteojos a la brida sobre una nariz frisona. Empezamos nuestras cortesías y en aquello de quién había de pasar adelante, y sobre el «pase V. m.», refregándonos por las paredes, fuimos cejando hasta la calle, y al cabo, de puro tirar, le desencajé un brazo y me rasgó una manga, con que salimos de las cortesías más destrozados que de una guerra.

Pasamos las dos primeras salas y en la tercera estaban unos hombres que andaban libres.

-Éstos -dijo el Retor- no son los furiosos, porque éstos están más allá.

Lleguéme a uno que estaba tendido en el suelo en forma de difunto, cuyo tema era decir que «él no vivía». Llegábase a él algunos diablillos muchachos, unos con alfileres y otros con cañas hacíale notable mal, mas él, levantando la cabeza con grande cólera, les decía:

-Yo les voto a N. que si no estuviera muerto que me lo habían de pagar.

No pude detenerme a oír semejante disparate por atender a otro loco, a quien también perseguían los muchachos, y él a voces desembuchaba esta sarta de oprobios: «Ladrones, judíos, moros, borrachos, pícaros.» Y en acabando decía: «Pues con algo topo, voto a N. en algo acierto.» Fue de manera el gusto que me dio que no osaba apartarme dél.

Pero volviendo la cara vi a un incurable metido en un rincón, hecho un ovillo, roto y despedazado.

-¿Qué haces ahí? -le pregunté. Y respondiome:

-No hago nada.

-Pues ¿qué haces cuando no haces nada? -le volví yo a decir; y él dijo:

-Servir a los caballeros.

Agradóme la sentencia y, quise escuchar otras, mas como el Retor y los demás esperaban no pude detenerme.

Con esto entramos en una sala donde en una cama de fuego estaba un hombre de mediana edad y de razonable persona. Estaba rodeado por todas partes de libros, grande cantidad de papeles y muchos azadones. Hízome novedad semejante pepitoria de cosas, pero reparando más en los libros, dije:

-No se le niegue a este incurable que es virtuoso y aplicado; miren qué virtud; en medio de sus penas y de sus tormentos se ocupa en el ejercicio de los libros, ocupación santa y buena.

-¡Ay, bobo, bobo! -dijo el Retor-; qué poco sabes tú de cosas; no hay peor hombre que éste en el mundo, ¿qué es en el mundo?, ni en el infierno se hallará, aunque den por él un ojo de la cara. Éste, que te parece a ti un virtuoso, es un desuellahonras y un hereje. Estos libros que tiene son genealogías para saber los linajes de todos; esos papeles son testamentos y árboles, esos azadones son para desenterrar los muertos; porque este maldito no se entretiene sino con escudriñar por qué vena va la sangre de cada uno, y para decírtelo todo en una, este hombre es el Pero.

-¿Quién es el Pero? -dije yo, y replicóme:

- ¿Pues ahora no conoces quién es el Pero? ¿Hay hombre de más mala lengua que un Pero? ¿Hay gente peor hablada que los Peros? Ellos son la manecilla y el ojo en la margen de todo lo que se alaba. ¿No has oído decir fulano es gran caballero, luego dicen: sí, pero...; zutana es mujer honrada, y luego añaden aquel paréntesis de sí, pero..? Pues éste es el Pero; mira si hay, gente tan deslenguada como los Peros. Este bellaco es quien baraja las honras, el que enmaraña los linajes; hombre es tan en vellón que sabe los

cuartos de todos, y para que veas cuán grande hereje es, dónde llega su depravada locura y la causa por que le trajimos aquí, es porque como éste no trata sino de empatar las honras y dignidades que pretenden los otros, dio (mira qué herejía) en que había de empatar el Credo; porque dice que tiene un cuarto de Poncio Pilato; mira qué furia infernal que aun las cosas santas no están seguras deste hereje, siendo él un hombre que tiene más peros en su linaje que Aragón en sus árboles.

-¿Pues cómo hay memoria de este luterano? -respondí-. ¿Cómo no lo habéis quemado con esos mismos libros?

Iba yo a deshacelle la cara, y detuviéronme las cosas que desde una cama le decía un escribano a un hipócrita que estaba enfrente.

-¿Cómo que aquí estáis vos? ¿En esto paró aquella virtud que nos dabais a entender? ¿Vos sois aquel de la cabeza torcida, puesta de higo maduro en el árbol o en postura de estar templando que parece ibais como los que aprueban alguna cosa? ¿Vos sois el que estabais persiguiendo los altares, engullendo todo el día Ave Marías en un rosario con las cuentas más gordas que las de una venta? ¿Vos sois el que os veníais a mí como un corderillo manso a predicarme infierno, diciéndome que no hurtase tanto, que me llevaría el diablo? Pues si vos erais tal como se ve, ¿para qué andabais vendiendo santidades? Quien tiene el tejado de vidrio, ¿para qué tira infiernos al de su vecino? A fe de un bribonazo que me lo habéis de pagar, y que me he de vengar ahora de todos los hurtos que dejé de hacer por lo que vos me decíais, que hartas ocasiones perdí y harto las lloro ahora, pues si infierno por mil, infierno por mil y quinientos. Con esto arremetió el uno al otro, y en qué nos vimos de ponerlos en paz.

Sosegáronse, y a este tiempo llegó al hospital una cuadrilla de damas, muy menuditas de andadura y muy ahuecadas de ropa, y tan anchas como las que ellas se habían dado en el mundo que parecían quitasoles a medio abrir, y las enaguas con más pliegues que tienen los que echan maldiciones. Dieron un golpe y dijeron:

-Abran, que nosotras somos.

Abrió el portero, y dijo:

-Pues bien, señoras, ¿qué tenemos con toda esa prisa?

-¿Qué ha de ser sino entrar? -replicaron ellas; y volvió el portero a decir:

-Deshíncense y entrarán; guardainfantes fuera, porque de otra suerte non intrabis in ignem aeternum, ni lo verán de su ojo, que es vergüenza en la apretura que estamos después que han dado en meterse en esas jaulas. Y es de manera que no cogemos de pies y los incurables que vienen los entramos con calzador, y por más cosas que le metemos no podemos levantarlo de empeine; culpa de vuestros guardainfantes, que parecís perros de ciego, que saltáis por los arcos y os embocáis por las argollas.

Ellas, que vieron que el negocio iba de veras, empezaron a hojear basquiñas y a descarnarse de enaguas, hasta que se dejaron el guardainfante en los huesos.

-Ea -dijo el portero-, acaben de quitarse esos enjugadores, que no estoy de tanto vagar.

Hiciéronlo así y desenterrando el hilo de sus cuerpos se entraron. Abocáronlas cada una en su cama, y pusieronles a cada una un diablo de guarda para que no hurtasen los tizones y los hiciesen guardainfantes.

Fuimos pasando adelante, y en otra sala vi a un incurable que muy alegre y contento decía:

-Juro a N. que es verdad lo que digo. Ya sé cómo se dice, ya le acerté el nombre; albricias, que ya sé cómo se llama. Yo soy el Colón que lo ha descubierto; a mí se me debe el hallazgo. Bien sé yo que alguno ha visto el talle que tiene y sabe cómo es la figura, pero el nombre ninguno lo ha sabido; sólo yo pude dar con él.

-¿Qué es eso que voceas éste? -pregunté yo; pero no fue tan bajo que él no lo oyese y respondiome:

-¿Preguntáis lo que digo? Lo que digo es lo que vos no sabréis en todos los días de vuestra vida, aunque os queméis las cejas. ¿Sabéis vos cómo se llama Uno de los cuentos, aquel que tantas cosas dice: Uno dice esto; Uno dice aquello? ¿Sabéis vos tampoco el nombre de pila del Otro? Pues yo sí, y he dado en este tema y me he salido con ello; y si vos queréis saber quién son el uno y el otro, yo os lo diré; veislos aquí:

El uno es Antón de Utrera  
y el otro Rivas se llama.

Apenas acabó de pronunciar semejante desatino, cuando todos nos descalzábamos de risa, y él siempre firme en la temas.

Dejámosle y pasamos a otra sala, en que estaba un mocito rubio como unas candelas, todo su cuerpo como un pino de oro, y, en fin, tan lindo, que Narciso era un asco para con él. Así como sintió gente, y que entraban donde él estaba, metióse debajo de las sábanas por que no le viesen, y con mucho melindre comenzó a decir:

-No entren, que no estoy bien puesto; deténganse, que no estoy bien prendido; aguarden, me acabaré de aderezar.

Esperamos un poco mientras él, desenfrenándose de bigoteras, sacó los bigotes de entre una rebanada de cordobán en que los tenía pringados; tomó el molde de rizar, calentóle en el mismo fuego en que se estaba abrasando, hízose las guedejas y el copete, consultó en el espejo la mejor postura de la boca, y dijo:

-Entren ahora.

Entramos, y en lugar de «Buenos días», dije yo:

-Buenos jaboncillos de manos tenga V. m.; viva mil años.

Respondió al punto:

-Por la merced que me hace que bien los he menester, que las tengo perdidas; porque el otro día se me descosió un guante por un lado y me entró el sereno, con que las he tenido acatarradas de tez.

En esto llegó el diablo enfermero, y comenzó a atizar la lumbre, y dijo el lindo poniéndose la mano en la cara:

Hágalo con tiento que me soflama el rostro, y déme esos papeles que están ahí, que los quiero leer a este caballero.

-Serán versos -le dije yo; y él me respondió:

-No, señor mío, no son versos, sino unos papeles de arrebol que me ha escrito mi dama.

-Vaya noramala el pícaro -dije; a que respondió el Retor:

-Pues no es lo que has visto lo mejor de éste; lo más gracioso es el tema en que ha dado. Has de saber que estando este lindo en el mundo, sentándose un día en el servicio se le quebró, de cuya desgracia se le hicieron muchas heridas en la grupa, o en las nalgas que dicen. Llamaron al barbero, y estando curándole, volvió la cara y muy lloroso y enternecido le preguntó: «Señor mío, V. m. sabe si me quedarán las señales?» «No puede ser menos», respondió el barbero, y él replicó: «¿Pues qué he de hacer, desdichado de mí? que me afearán la cutis las cicatrices; no he de estar más donde me vean gentes.» Y así él mesmo se dio por incurable, y se nos vino al hospital.

-¿Qué provecho sacáis -dijo desde otra cama un miserable de oír a ese lindo?

-¿Qué provecho ha de sacar de ti, si eres un avariento? -le dijo el Retor.

-Más se saca del duro que del desnudo -replicó él-, y si no os doy dineros os daré consejos para que los ahorréis, porque para conmigo fue un manirroto el Caballero de la Tenaza. Yo para dar he sido siempre un ignorante; no he sabido cuál es mi mano; lo de partir un cabello eso para mí es como dos y tres son cinco. Aquello de comer la olla en la misma olla por ahorrar los platos y lo que se pega en ellos, eso lo sé de coro. Yo inventé el tragar la comida a medio mascar, y daba las dentelladas en vago muchas veces por engullirme el bocado entero, porque se digiere más tarde y dura más en el estómago, todo a fin de ahorrar. También por ahorrar introduje el no comer aceitunas Y queso, que son gente que gasta mucho pan. Hasta el «horro de Mahoma» inventé yo, mirad si es mi sutileza grande y si puedo ahorrármelas con cualquiera. Y porque sepáis mi ingenio yo

hallé el arbitrio de sustentar los caballos sin que costase una blanca con la cosa más fácil del mundo. Si tú, vivo, lo quieres saber, yo te lo diré, autoridad tengo que lo dice: texto expreso hay que lo afirma. Con sólo estarte en la caballeriza y mirar tus caballos, los tendrás gordos como un tocino; mira si hay cosa más fácil. Porque no ha de faltar el adagio del «ojo del amo engorda el caballo». Mira si hallarás cosa más barata. Y si los refranes son evangelios chicos (como dicen), bien puedes creer lo que estoy diciendo: di en el mundo que se pongan a mirar de tortugas, que empollan con los ojos, y verás qué ganas, ya que yo he sido tan desgraciado que me han traído a este hospital, porque predicaba esta verdad. Pero siempre me estaré en el tema de mi sermón.

-Y os estaréis para siempre por incurable -dijo el Retor-, que no tiene la culpa, sino el que se detiene a escuchar vuestras locuras.

Dejémosle, él empezó a echarse de la cama y a decir con grandísimas voces:

-Media con limpio, media con limpio.

-¿Qué es lo que pide éste? -y respondiome el Retor:

-Mira, éste, por ahorrar, cuando estaba en el mundo y vivía en Madrid, se iba a dormir a la calle de los Negros, donde alquilaba media cama, y ofrecen que será limpio el compañero que tomase la otra media, y así dicen «media con limpio»; y éste le parece que ha de ser lo mismo acá, y quiere ahorrarse la media cama.

Entramos, en fin, en otra sala, y vi en ella a una dueña (orejón con tocas), que tenía tantas nubes en los ojos que quise ponerme fieltro temiendo que habían de llover, y toda su cara era el gesto que hacen los estriñidos cuando empujan. Llevaba, pendiente al cuello, muchas golosinas que había hurtado, y como la castigaban por golosa la colgaron el delito. Fui teniendo cuenta con lo que hacía y vi que, alargando el cuerpo lo que podía, no hacía sino meter un dedo en las llamas y chupar, y meter otro y lamer, diciendo:

-¡Ay, qué bueno y qué dulce!

Y luego con la lengua se andaba por las paredes, lamiendo infiernos como platos. No vi semejante golosina en mi vida, pues aun los tizones no estaban seguros de su apetito. Reparé luego en una bolsa que llevaba pendiente de un cordón, y dije:

-Sin duda ésta es la Escariota de las dueñas y la judas de las doncellas.

Yo confieso que me tentó la curiosidad, y que me bullía el saber lo que encerraba el bolsón que estaba como un prior de gordo. Y como la vi divertida en sus golosinas, fácilmente desaté los cerradores y vi una cosa blanca.

-Juro a N. que es plata -dije con un grito que no sé cómo no oyó, y luego metí dos dedos a que se informasen más bien y hallé (quién imaginara tal) que lo que juzgué plata era un poco de arroz con leche que había sisado de un plato, y por esconderlo, lo metió en la

bolsa. Fue de manera la risa que les dio a todos, que la dueña lo echó de ver, y de corrida se zampuzó en las llamas.

Pasamos adelante, y en el siguiente aposento vi en la cama una mujer con un rostro tan dificultoso que era menester comentarlo para entenderlo, porque era un enigma de huesos, un quesicosa de carne y un si es no es de pellejos, y con más barrigas que un tomate hecho de las sobras de otras caras, pues en lo desigual cada pedazo parecía de su dueño. El un ojo tan grande que le sobraba de la cara y con más vista que un malicioso; el otro era de menos vista que la de un marido; las narices con la hechura de habérselas cortado, que apuntaban a calavera y tenían sus veces de palida mors; a su boca le habían birlado los años todos los dientes y sólo le quedaba un colmillo que con su hormiguilla estaba enfadando a otro diente que tenía junto a sí; y harto hacía el pobre de sacar la cabeza a la calle por no sufrir el mal olor. En fin, estaba esta mujer rodeada toda de muchos hombres y mujeres preguntándoles lo que pasaba en el Hospital, averiguando chismes y probando nuevas. Estaba también cercada de antojos de larga vista, y en la pared de junto a su cara muchos agujeros que pasaban a los aposentos de pared en medio.

-¿Quién es ésta? -pregunté al punto que vi semejante figura; y respondieron todos admirados:

-¿A esta mala hembra no conoces? No has visto otra cosa en tu vida y la conoces como si la hubieras parido. ¿Nunca oíste decir en el mundo la vecina curiosa? Pues si la oíste, ésta es, y sus vecinos la han traído aquí por incurable y porque no la pueden sufrir; porque esta malvada, tras de ver tanto que ve lo por venir, se anda con los antojos alcanzando a ver lo que pasa en el barrio. Pero sus ojos ven lo que pasa y su maldita boca dice lo que no pasa. En sintiendo abrir la puerta del vecino, luego ella está alerta, que es tal que puede darle dos echadas al ojo avizor, y el lince para con ella se puede ir a rezar oraciones.

Las señas que me dieron fueron tales, que luego dije:

-Ya he caído en quién es, pecador de mí, y cómo que la conozco, y supe cómo tenía pupilos de muchachos y en amaneciendo los soltaba por la vecindad a que supiese lo que había en casa de los otros, y la gente llamaba a éstos los niños del chisme. También supe cómo en su casa todo era pedir, y que hacía a todo cuanto hay, a doblones, a vellón, a sedas, a lanas, andrajos, hierro viejo, embudos, rallo, rastrillos, ratoneras y fuelles; porque ella es demanda in cunctis, y es la que inventó el tráigame de los que van fuera.

-Pues es eso sólo -dijo un diablillo bermejuelo-, no hay cosa más envidiosa; se muere si ve que le dan a algún otro incurable algún tizonazo más que a ella, y luego viene a mí y me dice: «Señor diablo, déme a mí otro, aunque sea por mi dinero; ¿fulanica ha de tener más infierno que yo? No, por cierto; aunque lo hurte no lo he de consentir.» Y cuando no tiene otro remedio se cubre el manto de noche y se anda de caldera en caldera pidiendo infierno para una condenada vergonzante.



No habló palabra el demonio de la mujer a cuanto dijimos, hasta que oyó ruido de abrir una puerta, y entonces tomando un antojo de larga vista dijo:

-Apártense, déjenme ver lo que pasa.

-¡Ah, infame! -le respondí-. ¿Tantas penas como estás padeciendo no han templado tu depravada condición? Quédate para quien eres, maldita.

Con esto volví las espaldas a otra cama de un incurable que estaba allí por logrero.

-En vuestro lugar estáis -le dije, y respondió el Retor:

-Aún no lo sabes bien, que es el más mal pícaro que calienta el infierno, y, si no, escucha el tema que tomó y a cuánto llegaban sus logros estando en el mundo. Sábetete que éste oyó decir un día cómo Dios daba ciento por uno, y así él no hacía sino darle un doblón a un pobre y quitábaselo luego diciendo: «Cata ahí un doblón, tómolo a cuenta y débeme Dios noventa y nueve.»

No pude escuchar tal infamia sin volver la cabeza a ver si hallaba alguna cosa con que deshacelle los hocicos a aquel bribonazo, y no hallé otra cosa que tirarle si no fue un procurador que lo habían barrido y entre otra basura lo amontonaron en un rincón. Tirésele, y fue menos el dolor del golpe que el asco que tuvo.

Ya me tenían mareado los infernales temas de aquellos incurables y deseaba salir de ellos, y cuando ya me despedía saqué la cabeza por una ventana y vi que traían del mundo a un hombre, caballero en una mula, cuyo paso era de enjuagar el gznate de tiorba; la cabeza alta, hundida de lomos y levantada de ancas, que más parecía tajada de melón que mula. En fin, él venía caballero en un paréntesis. Apeáronle entre cuatro o cinco y no vi en mi vida cosa tan alta.

-¿Quién diablos -dije ha de pretender a este hombre? Porque es imposible alcanzarlo, y aunque tome correntilla, la vista no rayará en su cabeza.

-¿Cómo es eso? -respondió un diablillo cejijunto-. Este hombre es tan alto que le parecen azules todas las cosas, como las mira desde lejos.

-Ea -dijo un diablo de los que lo traían-, menéese y pase adelante.

-¿Pues cómo puede pasar adelante? -dijo otro-. ¿Dónde hay pase adelante para este hombre? Al cabo de su cuerpo ya no hay más.

Con esto comenzaron a probar si entraba por la puerta, y viendo que no cabía, dijo uno:

-Métnlo de punta.

-Devánenlo -dijo otro.

-Mejor es -replicó otro- desarmallo y meter cada pieza de por sí.

-Lo mejor de todo -dijo uno- es partillo por medio y entrar un pedazo; que desta buena pieza con la mitad sobra.

Mas ellos se resolvieron a que doblándole por la cintura se pusiese de recibir melecina y entrase de coger alfileres. Hiciéronlo así, y de sala en sala pasaron por donde estaba yo. No se puede encarecer la tabaola que tenían los diablos, diciendo:

-¿Que nos haya de dar tanto en qué entender este insolente?

-¿Qué les han hecho -decía el hombre, qué les han hecho mis versos a los del mundo que así me maltratan? ¿Acaso les comen algún pan? Pues si no, déjenme a mí con mi malaventura y no me vayan a la musa que si no les hurto nada a ellos estése cada uno en sus copias y Apolo en las de todos. ¿Hay mandamiento de «no poetearás»? No, por cierto. ¿Pues por qué me traen aquí?

-No os han traído por poeta, sino porque sois poeta de volver romances, y andáis trabucando las coplas de humano en divinos, diciendo en ellas cosas indignas. Bellaco, ¿en qué pensabais cuando dijisteis:

Helas, helas por do vienen  
Madalena, María y Marta,  
a más no poder mujeres,  
fembras de la vida santa.

¿Es cosa de morirse de risa volver el «Marimorena, toma un real», al Santísimo Sacramento? ¿Cosa de tan poco momento os parece volver las «tres ánades, madre» a las tres Marías? ¿Delito tan pequeño se os antoja verter el «zampuzado en un banasto» a la prisión de San Pedro? ¿No os parece insolencia decir:

Apacible San Francisco,  
mátame siempre mirando,  
y si no puede ser siempre,  
mátame de cuando en cuando

¿Tanto ha que os aconteció traducir el romancito de «huyóse un preso por deudas», acomodándolo a vuestros modos y diciendo:

Bajóse un preso por deudas  
de un alcázar celestial,  
Jesucristo que quería  
pagar pecados de Adán.  
Judas le prendió una noche  
saliendo al huerto a orar,

alguacil falso Escariote  
que prender sabe y besar.  
Vertió de afligido sangre,  
y después, con humildad,  
quem quaeritis? les pregunta,  
que en romance es ¿qué buscáis?

-¿Por dicha -respondió el poeta- es enfermedad el hacer coplas? ¿Qué me traen a mí a este Hospital?

-Y cómo que es enfermedad -le dijo el Retor.

-Pues si eso es así, señor Retor, doime por incurable, porque quien malas coplas ha, tarde o nunca las perderá. Y para que lo vea como que estoy erre erre en mi achaque, escuche estos versos que son como un huevo de frescos, acabaditos de hacer a San Cristóbal, que verá una cosa de gran maravilla:

Cristóbal santo, una duda  
me tiene con grande asombro,  
viéndoos con el mundo al hombro,  
que de verlo un hombre suda.

Aquesta mi duda es:  
decid, santo rubicundo,  
si traéis al hombro el mundo  
¿a dónde ponéis los pies?

Quiso pasar adelante con sus locuras, y yo de enfado arremetí a él para meterlo de cabeza en la lumbre; y fue tanto el enfado que me dio, que con la cólera desperté, y lo que padecí en el Hospital lo descansé en mi cama.

Si a alguno le pareciere que la merezco en el Hospital por lo que he dicho, y si se cansare de leer estos renglones, perdónemelos, pues la peor parte de ser malos me toca a mí, y soy quien más se alegrara de que fueran buenos.